

Del malestar a la respuesta: lo que el plan le debe a Magallanes

Por Arturo Storaker

Magallanes arrastra hace tiempo un malestar que no nace de un solo problema, sino de la acumulación de varios: el costo de la energía y la calefacción en una región de inviernos extremos, una conectividad aérea y terrestre que encarece todo lo demás, listas de espera en salud, un mercado laboral que no logra absorber ni a los recién egresados ni a los trabajadores más calificados, y una sensación persistente de que las decisiones importantes se toman lejos, en Santiago, sin considerar los parámetros propios de la región austral. No es la primera vez que esa acumulación se hace sentir: el Puntarenazo de 2011 demostró que, cuando el descontento encuentra un factor común, la región completa se moviliza más allá de los colores políticos.

Ese diagnóstico es real y hay que decirlo con todas sus letras. Pero un diagnóstico correcto exige también una pregunta incómoda: frente a ese malestar, ¿cuál es la respuesta que corresponde? No basta con la protesta reactiva ni con el simple reclamo hacia el poder central. Magallanes ya ha demostrado que puede organizarse en torno a un frente transversal cuando lo necesita; el desafío ahora es que ese mismo frente exija algo más concreto: que el plan de reactivación económica del Gobierno se baje a la región con cifras, plazos y responsables propios, y no como un anexo genérico del discurso nacional.

Un plan que existe, pero que no se siente

El balance de los primeros seis meses de Gobierno habla de más de 120 mil oportunidades laborales movilizadas a nivel país y de una agenda de reactivación que combina subsidios a la contratación, agilización de permisos de inversión y el proyecto de Ley de Reconstrucción Nacional. Son cifras reales, pero para un magallánico que hace tres años ve subir el costo de la parafina y no encuentra trabajo en su rubro, un número nacional no dice nada si no sabe cuánto de eso llega a su región, en qué plazo y en qué sector.

En Magallanes ya existe una base sobre la cual construir esa respuesta: la Mesa Regional Por el Empleo articula subsidios a la contratación, capacitación e intermediación laboral, y el proyecto de Ley de Reconstrucción abre una vía real para acelerar inversión en sectores intensivos en mano de obra, algo especialmente

relevante para una economía regional menos diversificada que la del resto del país. El problema no es que el plan no exista. El problema es que, tal como está comunicado hoy, no distingue entre lo que se anuncia en Santiago y lo que efectivamente ocurre en la región.

Reforzar el plan, reforzar el mensaje

La lección de la agenda de seguridad es útil acá: cuando el Gobierno instaló la Agenda contra el Crimen Organizado y el Terrorismo, lo hizo con metas explícitas, cifras verificables y una vocería clara y sostenida en el tiempo. Ese mismo estándar es el que le falta al plan económico en regiones como Magallanes. No se trata solo de ejecutar mejor -aunque también hay margen para eso- sino de comunicar con la misma disciplina: cuántos empleos de la Mesa Regional se han concretado en la región, qué proyectos de inversión avanzan gracias a la Ley de Reconstrucción, y en qué plazos concretos los magallánicos deberían empezar a notar la diferencia.

Ese refuerzo comunicacional no es un maquillaje ni un ejercicio de propaganda; es, precisamente, lo contrario del vacío que alimenta el malestar acumulado. Cuando la gente no ve avances, no es necesariamente porque no existan, sino porque nadie se los ha explicado en sus propios términos: los de una región que paga más por calentarse, que vive más lejos de los centros de decisión y que tiene su propia historia de movilización cuando siente que no la escuchan.

El mismo frente, con una exigencia distinta

El mismo frente transversal que Magallanes ha sabido construir para exigir desarrollo -en energía, conectividad, turismo- es el que debe exigir hoy que el plan económico del Gobierno se cuente en términos regionales y no como un capítulo más de un balance nacional. La región no necesita más anuncios genéricos hechos desde la capital. Necesita que le hablen a ella directamente, con cifras que le pertenezcan y plazos que pueda fiscalizar. Esa es, en el fondo, la diferencia entre un plan que existe en el papel y un plan que la gente siente que efectivamente le está cambiando la vida.